

# Aspectos representativos en el ceremonial de unas exequias reales (a. 1504-1516)

## *Representative aspects of Royal Funeral Ceremonies (c. 1504-1516)*

Elisa RUIZ GARCÍA

Universidad Complutense. Madrid

### RESUMEN

Relaciones de las honras fúnebres realizadas en Flandes en conmemoración del príncipe don Juan (1497), Isabel la Católica (1504), Felipe I (1507) y Fernando el Católico (1516). La fuente es un libro manuscrito de protocolos de reyes de armas. En él se describen minuciosamente los solemnes ceremoniales seguidos, con gran riqueza de datos sobre la representación del poder con ocasión del duelo funerario cortesano. Especial atención a las construcciones efímeras, elementos simbólicos y ritos seguidos en cada ocasión.

### PALABRAS CLAVE

Funerales regios. Reyes de armas. Simbología y representación del poder. Isabel I. Felipe I. Fernando V. Príncipe Juan de Castilla

### ABSTRACT

An account of the funeral honors carried out in Flanders to commemorate prince John (1497), Isabella the Catholic (1504), Philip I (1507) and Ferdinand the Catholic (1516). The source is a manuscript of protocols from a king of arms, where they are described the solemn ceremonies followed, with a richness of detail regarding the representation of power in courtly funeral mourning. Particular attention to ephemeral constructions, symbolic elements, and the rites followed on each occasion.

### KEY WORDS

Royal funerals. Kings of arms. Symbolism and representation of power. Isabella I. Philip I. Ferdinand V. Prince John of Castile.

**SUMARIO** 1. En torno a las fuentes ceremoniales. 2. Descripción de las relaciones. 3. Análisis estructural de las tres relaciones.

## 1. En torno a las fuentes ceremoniales

Más en bibliotecas que en archivos se encuentran escritos destinados a dejar constancia de acontecimientos sociales relacionados con la esfera del poder. A menudo esos testimonios forman parte de manuscritos de temática miscelánea, heráldica, genealógica o de áreas afines. Semejantes documentos no han merecido hasta aquí toda la atención que merecen<sup>1</sup>: los diplomatas por no considerarlos objetos dignos de estudio desde una estricta ortodoxia sickeliana; los historiadores *in genere* por no prestar atención a unos textos tenidos por rancios y poco fiables; por último, los especialistas en el campo de la literatura por no tener una idea clara de su género. En definitiva, los prejuicios de unos y de otros así como la ausencia de una clasificación tipológica bien asentada han sido las principales causas de su escaso aprovechamiento por los investigadores. A las razones anteriores hay que añadir las dificultades extrínsecas de lectura que encierran muchas de las piezas, hecho que también ha propiciado su orillamiento. Sin embargo, un análisis atento de los contenidos revela su validez como fuente de conocimiento. En verdad, un seguimiento diacrónico de los testimonios disponibles permite comprobar la plasmación de determinados valores y seguir su evolución a través de la cronología precisa que caracteriza a dichos relatos. Tal es la experiencia que aquí vamos a intentar.

De todos los escritos de esta naturaleza los más interesantes y fidedignos son los que proceden de oficiales de armas, en cuyo caso se trata de auténticas relaciones históricas elaboradas al hilo de una actividad laboral especializada. Los servidores en cuestión tenían como primordial cometido la identificación y peritación de blasones y demás aspectos emblemáticos. En realidad, la necesidad de disponer de un experto en esos saberes dio origen a la creación de una categoría profesional que, poco a poco, fue ampliando su campo de acción. El cumplimiento de misiones diplomáticas y/o ceremoniales generó otras dos facetas complementarias y derivadas de su función primigenia. Pero no se agotan aquí sus menesteres. También de ellos dependían las labores de actualización de la tratadística heráldica, la redacción de una tipología documental específica y la composición de actas, memoriales y protocolos que certificaban el desarrollo de unos acontecimientos a los que el titular había asistido en calidad de testigo privilegiado. El retrato robot aquí descrito coincide en sus líneas generales con los representantes homólogos existentes en las principales cortes europeas, no en vano las figuras del rey de armas y de sus dos grados inferiores —el heraldo y el persevante— fueron imitadas por doquier.

El desempeño de las tareas requeridas en el ejercicio de los puestos citados exigía el dominio de un variado conjunto de conocimientos y destrezas, además de ciertas condiciones personales. Sobre ellas nos ilustra Ferrán Mexía en un pasaje bien conocido:

El rrey d'armas o faraute ha de ser noble en sangre o, el menos, fijodalgo o muy generoso. Otrosí cuerdo, de buen seso. Ha de ser sabio y discreto. Ha de ser universal en len-

<sup>1</sup> Salvo honrosas excepciones.

guas o lenguajes. Ha de ser gramático y lógico, al menos deve ser onbre por natura muy verdadero, ca no sería rrazón que aquel de quien fian sus fechos y sus negoçios los príncipes y los cavalleros y los otros onbres nobles y fijosdalgo fuese onbre sin verdad, ca sería grande inconveniente. Otrosí deve ser onbre que aya leýdo muchas corónicas, ca por aquí avrá grande aviso açerca de los fechos de su fermoso ofiçio<sup>2</sup>.

Por esos mismos años Garci Alonso de Torres describe cómo ha de ser el aspirante a formar parte de este grupo social:

Primeramente que sea leydor y persona de buena conçiencia y apartado y quito de deshonestos viçios y de malas compañías. Para fazer este porsuybante deven estar delante dos farautes, los quales han de fazer relación al príncipe cómo es presona honesta y bien acondiçionada, discreta y digno para ser porsuybante y prinçipiari y entrar en el noble ofiçio de las armas<sup>3</sup>.

El candidato, de una edad comprendida entre veinte y veintidós años aproximadamente, en caso de ser admitido, tenía que ser bautizado por el príncipe, quien le imponía el nombre correspondiente a una divisa suya u otro apelativo similar. Tras siete años de servicios leales y acreditada su competencia, el interesado podía aspirar al rango de heraldo o faraute. En un acto ceremonial como el precedente, se le bautizaba de nuevo con una denominación que en este caso era la de una provincia o ciudad que no fuese cabeza de reino o reino. Por último, la consecución del escalón supremo dentro de la jerarquía se otorgaba en presencia de todos los componentes del cuerpo, los cuales atestiguarían delante del soberano: «las virtudes del dicho faraute que quieren fazer rey de armas [...] y le deve ser mudado el nombre de faraute y darle el nombre de reyno o de provinçia sojeta al prinçipe<sup>4</sup>, y que de ançiano tiempo aya havido rey de armas<sup>5</sup>».

De todos estos rasgos nos interesa subrayar los relacionados con el mundo de la escritura y su contrapartida, la lectura. En efecto, el rey de armas tenía que ser una persona alfabetizada y, a ser posible, letrada porque su oficio le exigía dominar idiomas y redactar documentos. Aparte de los que expedía, el titular solía llevar un registro en el que apuntaba noticias referentes a la profesión y descripciones de acontecimientos, con independencia de su intervención, a fin de que le sirviesen de modelo en sus actuaciones. El manuscrito 9/678 de la colección Salazar y Castro de la Real Academia de la Historia es una buena muestra de esta

<sup>2</sup> *Nobiliario vero*, Sevilla: Pedro Brun y Juan Gentil, 1492, lib. III, cap. VIII.

<sup>3</sup> *Blasón y recogimiento de armas*, Madrid, Biblioteca Nacional, ms. 11423, f. 46v. Las características indicadas por los autores peninsulares reproducen las ideas contenidas en los grandes tratadistas áulicos europeos y, particularmente, en los escritos de Olivier de la Marche, quien estuvo al servicio de Felipe el Hermoso. Torres trabó amistad con él durante su estancia en la corte borgoñona.

<sup>4</sup> Esta norma no se cumplía siempre. Hubo algunos apelativos especiales en determinados casos. Por ejemplo, en Francia el principal oficial era llamado Montjoie.

<sup>5</sup> *Ibidem*, f. 46v.

categoría de libro<sup>6</sup>. La pieza en cuestión consta de 161 folios. Su disposición actual denota la reutilización de un material ceremonial anterior y una organización definitiva que data del siglo XVII. Se trata de un ejemplar en el que oficiales de armas han ido anotando hechos dignos de recordar. La mano más antigua (A) escribe en francés con una letra cursiva de tipo bastardo, no muy legible y con bastantes abreviaturas. Por su contenido vemos que su labor estuvo vinculada a los duques de Borgoña. El trabajo de este amanuense, datable en la primera mitad del siglo XVI, va desde el folio 1 al 81v y del 83v al 84v. Esta parte comprende, en primer lugar, unas relaciones fechadas en 1276, 1383 y 1467 y, por consiguiente, muy distanciadas en el tiempo respecto de su autor material. Las entradas que vienen a continuación describen puntualmente un tipo determinado de acontecimientos sin hiatos cronológicos importantes. Los hechos consignados son las honras fúnebres realizadas en tierras de Flandes *in memoriam* de personalidades notables desaparecidas en un arco de tiempo que se inicia en el año de 1497 y llega hasta 1561. La serie comienza con la descripción de las exequias tributadas a miembros de la realeza vinculados a la Península Ibérica. A través de estas páginas queda manifiesto de manera gráfica el aciago destino que se cernió en el espacio de pocos años sobre los Reyes Católicos y sus allegados. La primera conmemoración fúnebre fue la dedicada al príncipe don Juan (a. 1497), la segunda, a su madre (a. 1504), la tercera, a don Felipe el Hermoso (a. 1507), y la cuarta, a don Fernando II de Aragón (a. 1516<sup>7</sup>). Luego los asientos continúan con otros nombres ilustres, tales como el príncipe de Orange (a. 1530) o Francisco II de Francia (a. 1561), descripción que finaliza esta parte debida a la mano A y redactada en francés. A partir de los folios indicados se aprecia un cambio de lengua —se pasa al castellano— y de manos —se incorporan B y C. El segundo copista (B) se sirve de una escritura humanística inclinada, muy clara y cuidada. Esta parte posterior es atribuible al rey de armas Juan de España, alias Juan de Spaen<sup>8</sup>, pues con frecuencia estampa su firma para vali-

<sup>6</sup> También se encuentran asientos interesantes en otras obras redactadas por esos mismos oficiales. Tal sucede con algunos armoriales y tratados nobiliarios, escritos que eran auténticos «works in progress». Por ejemplo, Garci Alonso de Torres, bautizado con el nombre de Aragón, nos ha dejado algunos documentos de gran interés. Véase RUIZ GARCÍA, Elisa y VALVERDE OGALLAR, Pedro, «En torno a las fiestas natalicias de Felipe II: un documento inédito», *Emblemata* (en prensa).

<sup>7</sup> En el asiento original se sitúa el funeral en los días 14 y 15 de marzo de 1515. El error en la data anual quizá se deba a que ha sido expresada en números romanos. En la rúbrica inicial se indica que el ceremonial tuvo lugar en la iglesia de Santa Gúdula y que fue presidido por su heredero, el príncipe don Carlos. A continuación se dice que el acta fue «redigee en escrit per maitre Henry, depuis son tres humble secretaire judiciere et historiographe». En la transcripción de los textos en francés hemos seguido los criterios de edición establecidos por la *Ecole nationale des chartes* (*Conseils pour l'édition des textes médiévaux*, Paris: École nationale des chartes, 2001, 2 vols.).

<sup>8</sup> En el folio 1r hay una nota de posesión del año 1560 en la que tales datos son proporcionados. Este oficial, natural de Flandes, ejerció como rey de armas a partir de 1558. En efecto, en una anotación marginal del f. 79r se lee: «Entré a servir a Su Magestad en estas onrras por rey d'armas». Dichas honras son las que Felipe II mandó organizar en memoria de su padre en Bruselas el 29 de diciembre de 1558. Luego, vino a España y estuvo al servicio de Felipe II hasta su muerte que se produjo con posterioridad al año 1584. Contrajo matrimonio con doña María de Sandoval y tuvo, al menos, cinco hijos. En el manuscrito de su propiedad figura su firma y rúbrica en múltiples ocasiones. Desde el folio 79r hasta el 104r el apellido aparece retocado siempre. Después desaparecen las correcciones. A partir del folio 128v el gentilicio Spaen es cambiado por la forma España. La escritura delata que el firmante ya era de avanzada edad.

dar el escrito en cuestión. Su última certificación corresponde a la ceremonia de juramento del príncipe Felipe —en su día tercero de este nombre— la cual tuvo lugar en la iglesia de San Jerónimo el 11 de noviembre de 1584. Luego hay una mano posterior (C) desde el folio 156r hasta 161r, que se identifica con la del oficial Andrés de Heredia. La última entrada es el nacimiento y bautizo del príncipe Baltasar Carlos en 1629. En el folio 1r hay una valiosa nota debajo de otra de propiedad debida a Spaen. En ella se aclara que el registro ha sido adquirido en 1630 por Domingo Jerónimo de Mata, rey de armas. La compra se hizo a un tal Mateo Ruiz quien lo heredó por estar casado con una nieta de Juan de España y, a su vez, prima de Juan de Heredia, hijo de Andrés. El nuevo poseedor especifica que este ejemplar lo compró junto con «todos los demás libros que fueron de el dicho Juan de España y de Andrés de Heredia y don Juan de Heredia, que sucedieron en ellos, [y] que fueron yerno y nieto del dicho Juan de España». La apostilla es reveladora: por un lado, demuestra el interés suscitado por esta clase de escritos entre los miembros de la profesión, quienes utilizarían las descripciones contenidas en ellos como un modelo a seguir en sus actuaciones; por otro, confirma una práctica bien conocida, el fenómeno social de la patrimonialización de los cargos. Todos estos avatares ponen de relieve la existencia de una tradición gráfica y la transmisión de los registros entre los titulares en modo parecido a lo que sucedía con los protocolos notariales. En resumen, el manuscrito está formado por tres sectores y otras tantas manos. La primera (A) registra fundamentalmente honras fúnebres tributadas en Flandes bajo la etiqueta borgoñona. El siguiente escribiente (B) coloca algunas apostillas en castellano a los asientos en francés y redacta la parte correspondiente al reinado de Felipe II. El tercer oficial (C) elabora un índice y compone los asientos últimos del ejemplar.

El manuscrito tiene además un valor añadido. Sus páginas muestran la aplicación de dicha etiqueta sin solución de continuidad y su evolución en la corte de los Austrias. No es éste el lugar adecuado para entrar en una cuestión harto debatida de carácter genético, pero al menos queremos dejar constancia del valor de los testimonios aquí analizados, relativos a los funerales reales<sup>9</sup>.

## 2. Descripción de las relaciones

Por razones obvias vamos a centrar nuestra atención en las composiciones escritas en francés por la mano A y dedicadas a personajes históricos relacionados con la monarquía hispana dentro de un arco temporal breve: 1504-1516, ya que estos testimonios, a nuestro juicio, no han recibido la atención debida por parte de los estudiosos. Evidentemente la política matrimonial concertada por los Reyes Católicos y Maximiliano de Austria junto con su esposa, doña María de Borgoña, respecto de sus hijos, y consistente en un doble enlace entre el

<sup>9</sup> El investigador Javier VARELA en su obra *La muerte del rey* (Madrid: Turner, 1990) afirma que: «Cuando se trata del ceremonial de la monarquía española moderna resulta casi obligado aludir a la influencia supuestamente decisiva que Borgoña tiene en su formación» (p. 15). La lectura del ms. 9/678 de la Real Academia de la Historia —citado de pasada por el autor— cuestiona la pertinencia del adverbio de modo.

príncipe heredero don Juan y doña Margarita, por un lado, y doña Juana y don Felipe el Hermoso, por otro, había fortalecido los lazos de amistad y establecido un parentesco entre ambas casas dinásticas. Este hecho explica el especial relieve concedido en la corte flamenca a las cuatro muertes citadas. La lectura de las páginas dedicadas a narrar el desarrollo del ritual funerario desplegado en las sucesivas ocasiones patentiza la existencia de un rígido protocolo observado con meticulosidad. El principal artífice del ceremonial borgoñón fue el duque Felipe el Bueno, quien deseó compensar la inferioridad de su título respecto del ostentado por reyes mediante el despliegue de una etiqueta que descollase por su solemnidad y pompa. A través de este mecanismo consiguió establecer una relación privilegiada con la Iglesia, inculcar en sus súbditos la idea de que su poder emanaba directamente de Dios, y aglutinar en torno a su persona un conjunto de dominios y vasallos dispersos geográficamente y heterogéneos por su condición y lugar de procedencia. Sin duda, influyó de forma decisiva en la reglamentación de tales prácticas cortesanas el ambiente exquisito y el gusto refinado que se cultivó en el ducado de Borgoña durante el Cuatrocientos. Carlos el Temerario continuó la labor de su predecesor en este campo. Las ilustraciones de los manuscritos confeccionados para engrosar las bibliotecas de tales próceres nos permiten reconstruir la particular atmósfera que rodeaba a estos personajes. Ignoramos cómo se fue conformando todo el complicado código que reglamentaba las actividades de la casa y corte ducal. Probablemente en su origen hubo un individuo dotado de un particular sentido de la escenografía. A este respecto resulta de gran interés los escritos de Olivier de la Marche (1422-1502)<sup>10</sup>. La contribución de los oficiales de la Orden del Toisón también debió ser decisiva. El papel determinante jugado por el rey de armas principal<sup>11</sup> en las ceremonias permite conjeturar que sus orientaciones e innovaciones se fuesen incorporando paulatinamente de acuerdo con las modas ambientales del momento. Este puesto fue ocupado en el período de nuestro interés por Thomas Isaac, señor de Schullenberch (1492-1539)<sup>12</sup>.

Las exequias tributadas responden a un esquema básico común. En esencia hay un cortejo solemne que desfila procesionalmente desde el palacio del dignatario que las preside hasta ingresar en una iglesia previamente elegida y preparada. Dicho edificio es objeto de unas decoraciones tendentes a manifestar visualmente el sentimiento de duelo. Asimismo, en su interior se erigen unas arquitecturas efímeras para la ocasión. Las honras se desarrollan por espacio de dos días. Tras los actos litúrgicos de la segunda jornada se procede a un ceremonial que significa la transmisión del poder. Tales aspectos son contemplados en los asientos contenidos en el manuscrito, pero hay además algunos matices diferenciadores, dignos de des-

<sup>10</sup> En particular su obra titulada *L'estat de la Maison du duc de Bourgogne* (1475). Su nombre es invocado en diversas ocasiones en el manuscrito estudiado e incluso se reproducen algunos documentos firmados con su nombre.

<sup>11</sup> «Toisón de oro» fue la manera habitual de designar a ese oficial.

<sup>12</sup> El cargo implicaba estar vinculado a la persona del soberano, a quien debía acompañar siempre. Dicho puesto fue ejercido por un flamenco-borgoñón hasta la época de Felipe IV.

tacar. En el presente trabajo vamos a limitar el estudio a tres relaciones cuyos protagonistas llegaron a reinar<sup>13</sup>.

### 2.1. *Exequias en memoria de doña Isabel la Católica*

El asiento responde al título de *L'obsequie de la royne Ysabeau d'Espagne* (ff. 16r-21v). En el tenor de este testimonio se procede primero a trazar un breve bosquejo biográfico de la difunta. Luego se narra cómo la noticia de su muerte fue transmitida el 11 de diciembre de 1504 al archiduque Felipe, quien se encontraba a la sazón en Amberes. Por tal motivo el soberano se desplazó a Bruselas para comunicar la triste nueva a su esposa, doña Juana. A partir de ese momento se iniciaron los preparativos<sup>14</sup> del ceremonial funerario, el cual tuvo lugar los días 14 y 15 del siguiente año. El autor de este escrito, en clara referencia al acontecimiento, nos dice que «fut grand, devot et sumptueux». La iglesia elegida para la ocasión fue la catedral de Santa Gúdula, lugar donde habitualmente se desarrollaban todos los fastos principales. Grandes superficies del edificio fueron cubiertas con telas negras de lana y de terciopelo. Sobre estos revestimientos se colocaron profusamente los escudos de armas de la difunta. El relator describe con toda clase de detalles los paramentos tapizados y las dimensiones y calidades de los tejidos exhibidos.

Cincuenta y ocho altares del templo presentaban una decoración idéntica a la anterior, pero completada con una cruz de satén blanca, dos cirios y otros tantos elementos heráldicos. En dichas capillas se celebraron sin interrupción misas desde el amanecer hasta el mediodía. Un altar mayor fue levantado en el crucero de la iglesia para disponer de mayor espacio, al cual se accedía mediante seis elevadas gradas. De arriba abajo del mismo fue colocado un paño tejido con oro y sobre el ara una rica cruz, valiosas imágenes y pedrerías.

Delante del altar y entre los dos primeros pilares de la nave central se construyó una capilla ardiente de 15 pies de largo por 12 de ancho y 52 de alto. Esta arquitectura efímera, de seis alturas, presentaba asimismo unas colgaduras de tela trabajadas con oro. El primer piso era de planta cuadrada y estaba adornado con blasones de las «pleines armes d'Espagne». En las esquinas había cuatro grandes cirios de 25 libras cada uno con escudos de las armas de Castilla. También fueron colocados unos hacheros repletos de velas encendidas. Los pisos segundo y tercero presentaban un despliegue heráldico similar con ligeras variantes. La mayor diferencia residía en los cirios, los cuales ostentaban las armas de León y Granada respectivamente. Las siguientes alturas ofrecían tres coronas, cada una de ellas adornadas con la emblemática de estos tres reinos en orden inverso. Un hachero «tres veces doble» con noventa y cuatro cirios ultimaba la composición.

Debajo de este artificio se alzó un túmulo de representación, grande y elevado, de 9 pies de largo y 6 de alto, cubierto con un palio tejido de oro y con una cruz carmesí y seis grandes escu-

<sup>13</sup> Es decir, no nos ocuparemos de la pompa funeral desarrollada en memoria del príncipe don Juan.

<sup>14</sup> En la parte del manuscrito redactada en castellano es utilizado el vocablo «adresso», de evidentes connotaciones teatrales, para referirse colectivamente a los dispositivos necesarios para tales servicios.

dos. Las imágenes de dos angelotes, revestidos con una túnica de seda blanca y colocados como si descendiesen del cielo, llevaban una figura romboidal, decorada en sus lados con las «pleines armes d'Espagne». En los cuatro pilares de la capilla ardiente habían sido dispuestas las estatuas de otros tantos ángeles, ricamente adornadas y con las representaciones de los cuatro costados<sup>15</sup>. Dichas estatuas tenían sus rostros y manos dirigidos hacia la estructura en forma de losange. Alrededor de la capilla ardiente había tres candeleros con setenta antorchas, pintados de negro y con todos los motivos heráldicos.

Las puertas de la catedral igualmente estaban recubiertas con tejidos nobles. Fueron puestas velas por toda la iglesia y por la calle que conducía al palacio de Coudenberg, de manera que se gastaron cuatro mil libras de cera. En el trayecto de un edificio a otro se construyó una empalizada de madera amplia y ancha. En ella también había «antorchas armoriadas». Durante los dos días del ceremonial numerosos súbditos permanecieron en aquel lugar sin retirarse.

El autor del asiento describe a continuación la formación del cortejo, los elementos que lo componen y el orden de los participantes. El lugar donde todos debían congregarse es denominado «l'hostel pour le parlement». En el patio mayor del mismo fueron reunidos ciento veinte pobres provistos de antorchas y vestidos con ropajes negros y capirotos de luto. Allí se unieron oficiales de menor rango, pajes y otros servidores de Monseigneur y de Madame. En unas habitaciones se encontraban príncipes, cancilleres del Toisón de oro, del Gran consejo y chambelanes. En la capilla se revistieron los prelados y demás eclesiásticos, y en otra sala los componentes de la capilla del príncipe. Los archiduques se ataviaron en sus respectivas cámaras.

Una vez que todo estuvo a punto, se inició la procesión encabezada por unos oficiales a caballo, seguidos por niños de las escuelas, los representantes de distintas órdenes religiosas y todo el clero. A continuación, venían los asistentes de la sociedad civil en orden jerárquico creciente. El núcleo del cortejo estuvo así compuesto:

- Los tres cancilleres de la Orden del Toisón.
- Unos oficiales de armas con sus cotas en número de diecisiete.
- Un rey de armas con las «pleines armes d'Espagne». Éste llevaba una corona en la cabeza y en sus manos la figura romboidal, ya descrita. Los condes de Saint Pol y de Nassau le acompañaban.

<sup>15</sup> La emblemática relativa a los cuatro cuartos, de acuerdo con la terminología de la época, era colocada siguiendo una disposición que revela la preeminencia de la línea masculina sobre la femenina y de la paterna sobre la materna. En el cuadrilátero formado por la planta de la capilla se debían colocar las enseñas y/o escudos según este orden: en la parte superior, a la derecha, las armas del abuelo paterno y, a la izquierda, las del abuelo materno. A los pies del catafalco iban, a la derecha, las de la abuela paterna y, a la izquierda, las de la abuela materna. Esta concepción topológica del parentesco también se encuentra en el mundo clásico. Véase ELISA RUIZ GARCÍA, «Artemidoro y la arqueología del saber onirocrítico» en *XV Seminario sobre Historia del Monacato: Sueños, ensueños y visiones en la Antigüedad pagana y cristiana*, Aguilar de Campoo: Fundación Santa María la Real, 2002, pp. 30-50.

- Un perseverante revestido de una cota con las armas de doña Isabel y llevando de la brida un hermoso palafrén con gualdrapas negras. En la silla del corcel había un cuadrado de terciopelo sobre el que descansaba una espléndida corona real.
- Cuatro reyes de armas coronados y con cotas en las que se representaban las armas de Granada, Galicia, Castilla y León rodeaban el palafrén.
- El duque de Clèves, a la derecha, y el príncipe de Chimay, a la izquierda, custodiaban la corona.
- Arqueros con sus aljabas en las espaldas, vestidos de luto y sin tocado.
- Toisón de oro, primer rey de armas con una cota de armas del archiduque y una vara blanca en la mano<sup>16</sup>.
- Don Felipe, vestido de duelo, con capirote y un gran manto. La cola de éste era llevada por el caballero mayor, Claude de Bouart. Dos obispos, embajadores del rey de Aragón, le seguían.
- Doña Juana, vestida de luto y acompañada de dos embajadores enviados por su padre, don Fernando. Una dama de honor, la vizcondesa de Furnes, llevaba la cola de su atavío.
- Condes de Nassau, de Hornes y otros miembros de la aristocracia.

Tales fueron los principales componentes del desfile procesional. Una vez llegados a la iglesia, los archiduques tomaron asiento en sus reclinatorios, los prelados y altos dignatarios civiles en los bancos dispuestos a ambos lados del altar mayor. Mientras tanto Toisón de oro depositó la corona real, que había ido sobre el palafrén, encima del túmulo de representación e igualmente colocó la figura romboidal con las enseñas reales entre los dos ángeles. La celebración fue presidida por el obispo de Arras con intervención de la capilla del príncipe. Finalizado el acto litúrgico, todos volvieron en el mismo orden, quedando en su lugar, el catafalco, los objetos simbólicos indicados.

El segundo día, 15 de enero, se repitió el cortejo y la disposición en la iglesia. Cuando el duelo llegó a ésta, ya se habían cantado dos misas solemnes: una, del Espíritu Santo; otra, de Nuestra Señora. Al terminar ambas celebraciones, se retiraron del altar mayor todos los signos externos de lujo (paños de oro, candelabros de ese mismo metal, cruz rica, imágenes y pedrerías) y en su lugar se colocaron terciopelos y candeleros negros y una reliquia del *Lignum Crucis*. Luego el mismo obispo de Arras inició la misa de Difuntos. En el momento del ofertorio, los prelados con sus mitras en la cabeza y sus cruces pectorales en la mano se levantaron de los asientos y se colocaron en dos filas, de igual manera se dispusieron las altas jerarquías temporales, de forma que con sus personas unían el altar mayor con los reclinatorios de don Felipe y de doña Juana. Dos mayordomos mayores y un rey de armas llevaron a la pareja ducal hasta la primera grada del altar mayor, en donde habían sido colocados dos cojines de terciopelo negro. Desde este lugar procedieron a hacer las ofrendas y oblaciones<sup>17</sup>, tras lo cual volvieron a sus

<sup>16</sup> El hecho de llevar una vara blanca en la mano indicaba que era el maestro de la ceremonia.

<sup>17</sup> Aunque aquí no se especifica en qué consistieron, la tradición era donar oro y cera.

puestos. Un fraile dominico, confesor de don Felipe, pronunció un sermón en el que se alababan las costumbres y virtudes de la difunta. Una vez acabada la misa y el responso, se pusieron delante del altar todos los prelados vestidos de pontifical y el rey de armas principal, ataviado con una cota, la cabeza descubierta y una vara blanca en la mano derecha. Éste dijo en alta voz: «La muy alta, excelente, poderosa y católica señora doña Isabel, reina de Castilla, de León y de Granada». Un heraldo, vestido de luto, que estaba al pie del túmulo de representación respondió: «Ella, cuya memoria es muy excelente, virtuosa y digna de elogio, ha muerto». Este parlamento se pronunció por tres veces. En las dos primeras el rey de armas hizo bajar la vara que sujetaba con la mano derecha. En la última la arrojó por tierra<sup>18</sup>. Luego, dicho oficial se puso de rodillas ante el altar con las manos juntas y mirando hacia el cielo en señal de admiración. Después se acercó a la parte superior del catafalco y con gran reverencia cogió la corona real y, pasando por delante de los archiduques, la colocó sobre el ara. Una vez allí puesta, Toisón de oro dijo solemnemente: «Viva don Felipe y doña Juana por la gracia de Dios rey y reina de Castilla, de León y de Granada, príncipe y princesa de Aragón y de Sicilia». Esta proclamación la hizo la primera vez mirando hacia el altar mayor y las otras dos dirigiéndose a los interesados. Luego, retomó la vara blanca que yacía por tierra y, aproximándose al reclinatorio de don Felipe, le exhortó en voz alta con las siguientes palabras: «Señor, las costumbres y los usos imperiales y reales quieren que os quitéis el capirote, pues a rey franco no le pertenece llevarlo en adelante». Dicho oficial y el primer chambelán le retiraron el tocado de duelo. Después se dirigió de nuevo al altar y tomó de él la espada de honor, ricamente guarnecida. Con sus dos manos la sostuvo con la empuñadura en alto y así dijo: «Señor rey, a vuestra majestad real pertenece esta espada para mantener la justicia, mandar en vuestros reinos y defender vuestros súbditos». Don Felipe, al oír esto, se arrodilló con las manos juntas y la mirada hacia el altar, rogando por el alma de la difunta y dando gracias a Dios por la merced y el honor que le otorgaba. Puesto en pie, tomó la espada por la empuñadura y la blandió hacia lo alto. A partir de ese instante el caballero mayor hizo dar a los oficiales de armas sus nuevas cotas y a los trompetas nuevos banderines. Luego gritaron: «Viva don Felipe, rey de Castilla, de León y de Granada». El soberano recién proclamado entregó la espada a su caballero mayor, quien la llevó delante de aquél según lo exigía su cargo. Los oficiales de armas exhibían en gran número los escudos cuartelados y contracuartelados que al rey convenían. Por un lado, los cuartelados de Castilla, León, Aragón, Sicilia y Granada; por otro, los de Austria, Francia, Borgoña y Brabante, y sobre todo ello los blasones de Flandes y del Tirol en un escusón. Y de esta manera el cortejo regresó al lugar de donde partió.

Como se puede apreciar, en esta ocasión las honras fúnebres fueron particularmente suntuosas. En el ritual se distinguen claramente dos partes: una, luctuosa y destinada a encomendar el alma de la reina difunta; y otra, festiva y dedicada a manifestar la continuidad de la

<sup>18</sup> El gesto simboliza claramente la fractura que supone la muerte del soberano difunto. La recuperación del objeto significa la continuidad de la dignidad real en la figura del heredero.

monarquía como forma de gobierno en la que no se concibe el vacío de poder. El ceremonial borgoñón desplegado respondió a los usos tradicionales en una corte que era considerada la más exquisita y refinada en su época. Todos los actos, palabras y gestos están cargados de simbolismo. Los dos edificios emblemáticos, el palacio y la catedral, encarnan los dos polos que ostentan la autoridad temporal y espiritual respectivamente. Ambos focos se comunican entre sí a través de un cortejo que actúa de cordón umbilical. El orden de los participantes en el desfile procesional también es significativo: primero, el clero, precedido de los niños, naturales herederos del reino de los cielos según el precepto evangélico; luego, el laicado, dispuesto de acuerdo con la estructura piramidal de la sociedad.

En el ceremonial flamenco la persona difunta no era representada en efigie, sino a través del código de la genealogía y de la heráldica. Los escudos de los cuatro costados permitían conocer el linaje; los de armas plenas<sup>19</sup> junto con los correspondientes a dominios concretos visualizaban la naturaleza y extensión del poder del fallecido. En esta ocasión la corona real desempeñó un papel simbólico, pero la piedra angular de toda esta estructura era la espada de justicia, objeto cargado de cierta sacralidad por su forma —la empuñadura evocaba la cruz— y por su función —transmitir la dignidad real.

## 2.2. Exequias en memoria de don Felipe el Hermoso

Apenas dos años y medio separan las honras fúnebres precedentes de las del propio Felipe el Hermoso, cuya descripción constituye el siguiente asiento (ff. 22v-31r). El ceremonial se desarrolló en Malinas, concretamente en la iglesia de Saint Rombault, los días 18 y 19 de julio de 1507. El esquema básico descrito más arriba también se siguió en la presente ocasión. Por ello tan sólo mencionaremos aquellos aspectos que no figuran en la relación precedente o bien ofrecen diferencias notables. El cortejo tuvo una disposición más compleja. El autor del asiento distingue cuatro grupos que llama órdenes. Los dos primeros se correspondían con los representantes de la Iglesia y de las instituciones civiles respectivamente. El tercero, «tres magnifique», comprendía «les mysteres portés ledit jour aux Vigilles». Con el nombre de «misterios» son designados los diversos elementos que formaban parte de la escenografía ceremonial<sup>20</sup>. Dichos elementos fueron llevados procesionalmente por distintos oficiales y servidores en el orden siguiente:

<sup>19</sup> Con este nombre se designa todos aquellos escudos en los cuales las piezas y figuras en ellos representadas aparecen como corresponden en cuanto a su forma, posición, características y tamaño, además de no presentar en el campo del escudo ninguna pieza o figura que en Heráldica pueda tener cualquier clase de significado.

<sup>20</sup> El empleo del término «mystères» indica una concepción casi sagrada de los componentes necesarios en un ceremonial de esta clase. En algunos pasajes las enseñas también se incluyen en este grupo; en otros son mencionadas aparte. Dicho sustantivo se usa igualmente para designar la última parte del ritual profano. Fuera de este contexto preciso los objetos constitutivos del arnés de caballero eran interpretados en un sentido simbólico por comparación con los ornamentos litúrgicos del sacerdote. Alonso de Torres afirma: «Como rrepresentan grandes misterios todas las cosas de los sacerdotes, quando se visten para dezir misa, ansi rrepresentan las de los cavalleros». Acto seguido explica el significado de cada una de las piezas (*Blasón y recogimiento de armas*, Madrid, Biblioteca Nacional, ms. 3257, f. 231v y ss.

- Seis perseverantes ataviados con sus cotas de armas.
- Doce heraldos portadores de las enseñas de los distintos dominios del difunto.
- Tres escuderos que enarbolaban banderas (corneta, guión y estandarte) con la divisa y colores (rojo, blanco y amarillo) de don Felipe.
- Dos gentileshombres que llevaban un corcel con silla de justa. El animal iba también enjaezado con los mismos colores y divisas.
- El caballero mayor marchaba con una espada metida en una vaina de terciopelo negro.
- Dos escuderos exhibían un yelmo y un escudo adornados con la divisa del Toisón de oro.
- Cuatro caballeros portaban el escudo, yelmo y timbre correspondientes a los cuatro cuartos.
- Cuatro reyes de armas, vestidos de luto, iban detrás. Cada uno con las armas de uno de los costados.
- Toisón de oro, ataviado de duelo, con una cota carmesí y una vara blanca en su calidad de maestro de ceremonia.

La última parte del cortejo o cuarto orden estaba formado por la persona del archiduque Carlos, vestido de duelo y ostentando el collar del Toisón, quien iba montado en un pequeño caballo, pues apenas tenía siete años; luego desfilaba un escuadrón de arqueros de corps; y la representación más granada de la aristocracia y de los altos dignatarios.

Los distintos participantes, según fueron ingresando en la iglesia, se colocaron en los lugares previstos. Los portadores de enseñas las pusieron en la capilla ardiente; los caballeros que llevaban los escudos y yelmos de los cuatro cuartos o costados los depositaron en las manos de las estatuas que representaban otros tantos ángeles. Las banderas y objetos adornados con la divisa y colores del difunto fueron instalados en un armero. Al lado también fue estacionado el caballo enjaezado. A continuación se procedió al rezo de las Vigilias. Cuando finalizó la función litúrgica, la comitiva de nuevo salió del templo en el mismo orden, salvo la clerecía. Los «misterios» fueron dejados en el sitio en el que estaban.

El segundo día, lunes 19 de julio, se procedió a la pompa funeral. Previamente se organizó un cortejo, el cual es descrito por el narrador en sentido inverso según él mismo manifiesta. En primer lugar, caminaba el archiduque don Carlos, acompañado de otros príncipes, caballeros del Toisón, miembros del Consejo, etc. Luego venía el rey de armas principal, conocido bajo el nombre de la Orden y, a continuación, el señor de Beuren, el pariente más próximo del futuro emperador, llevando el gran estandarte de armas plenas. Después marchaban otros altos dignatarios con la corona real, el collar del Toisón, depositado en un cojín, los yelmos coronados y timbrados de Castilla y Austria, el escudo de armas plenas, la cota de igual tipo, y la espada de justicia desenvainada y sostenida por la punta, esto es, con la empuñadura en alto, pues —como aclara el autor— esta posición significa que «la justice estoit renduc en la main de Dieu». Dos gentileshombres llevaban de la brida un caballo de corps con silla de batalla, ricamente enjaezado. Tras este animal iba el pendón de armas plenas y numerosas enseñas. De éstas unas mostraban los lazos genealógicos, lo que el narrador denomina con elocuente expresión «l'illustre

sang»; otras resaltaban la vastedad de sus reinos, títulos y dominios. Ambos universos iban codificados en lenguaje heráldico. En ambos casos cuatro reyes de armas con sus correspondientes cotas simbolizaban estos valores, uno por cada costado en lo que se refiere al linaje. En la misma proporción iban los oficiales encargados de representar los cuatro reinos en los que el difunto ejerció su poder: Castilla, León, Granada y Austria<sup>21</sup>. Doce gentileshombres llevaban luego las enseñas de los ducados, marquesados y condados de los que fue titular el rey fallecido. El autor de la relación en este punto comenta: «Et certes estoit chose pitoyable a veoir ce doloureux tryumphe ainsy marcher ordonnement en grand silence et taciturnite».

Como en la víspera, los participantes se dirigieron a sus puestos y los portadores de «misterios» los depositaron en el sitio previsto: la corona, collar del Toisón y cota de armas plenas fueron colocados encima del túmulo; los oficiales con cotas de los cuatro costados se apostaron en las esquinas de la capilla; las enseñas fueron también ordenadas y, por último, las restantes piezas puestas en el armero.

Cuando la comitiva ocupó sus asientos, se inició la misa de Difuntos, por cuanto que previamente se habían celebrado otras dos misas solemnes del Espíritu Santo y de Nuestra Señora. Al llegar el momento del ofertorio fueron presentadas las piezas denominadas «misterios» y las distintas banderas salvo el gran estandarte. El heredero y los altos dignatarios ofrendaron oro y cera de acuerdo con la tradición. Un dominico, obispo de Salubry y confesor del rey, pronunció un sermón «tres elegant» cuyo tema era: *Mortuus est rex et regnavit filius eius pro eo*. El predicador glosó «toutes les grandes vertus et fortunes diverses du deffunct». Una vez terminada la misa y hecha la aspersión con el agua bendita, el obispo de Arras, que había sido el celebrante principal, leyó el comienzo del Evangelio de san Juan. Cuando aquél pronunció el versículo: *et Verbum caro factum est*, el abanderado bajó el asta del gran estandarte de las armas plenas hasta el suelo<sup>22</sup>. Otro tanto hicieron los cuatro reyes de armas que estaban en las esquinas de la capilla ardiente con sus enseñas. En ese mismo instante Toisón de oro arrojó a tierra la vara blanca que ostentaba y gritó por tres veces: «El rey ha muerto». Después de recoger de nuevo la vara, se dirigió hacia el gran estandarte y lo alzó profiriendo al tiempo y en el mismo número de veces: «Viva don Carlos, archiduque de Austria y príncipe de las Españas». Entonces el primer rey de armas levantó también su bandera y dijo los nombres de los dominios en ella representados heráldicamente. Lo mismo hicieron a continuación los otros tres oficiales. Luego, Toisón de oro hizo quitar a don Carlos el atavío de duelo y, tras recibir la bendición del prelado, tomó del altar la espada por la punta y con la empuñadura en alto. Se acercó al heredero y le dijo en voz alta: «Príncipe imperial y real, esta espada de justicia os es dada por Dios y vuestra alteza la recibe directamente de sus progenitores, a fin de que por vos la jus-

<sup>21</sup> El texto original dice: «Devant lesdites bannieres en y eust autres quatre, de trois royaumes et une archiduc, qui equipare ung royaume, possedes par le roy deffunct» (f. 26v). La aspiración máxima de los descendientes del ducado de Borgoña fue alcanzar el título de reino. La aclaración quizá se pueda interpretar en tal sentido.

<sup>22</sup> En señal de respeto. Es también un gesto redundante por cuanto refuerza el simbolismo de la vara arrojada en tierra.

ticia sea mantenida en lo sucesivo, la fe católica exaltada, la Iglesia defendida y vuestros reinos y vasallos protegidos». Tras estas breves palabras bajó el arma y la depositó en las pequeñas manos de don Carlos, quien tomándola por la empuñadura la blandió y se dirigió hacia el altar mayor. Allí se arrodilló y oró por un espacio de tiempo. A continuación, la entregó al caballero mayor. Terminado el ceremonial<sup>23</sup>, el cortejo regresó como el día precedente. La ornamentación de la iglesia se dejó sin quitar por espacio de cinco o seis días para que pudiese ser contemplada por extranjeros. Por último, algunas piezas quedaron definitivamente colocadas en el templo en recuerdo de los funerales. El relator manifiesta que todo fue hecho y organizado por Thomas Isaac, rey de armas soberano de la Orden del Toisón.

### 2.3. *Exequias en memoria de don Fernando el Católico*

Esta relación es más extensa que las precedentes (ff. 33v-44v). Las honras fúnebres tuvieron lugar los días 14 y 15 de marzo de 1516 en la iglesia de Santa Gúdula en Bruselas. Los preparativos de la iglesia son descritos con meticulosidad y en líneas generales coinciden con los de los monarcas anteriores. La mayor novedad consistió en la construcción de un artillugio compuesto por seis grandes coronas de hierro triples, es decir, a modo de tiara, que fueron colocadas en el coro, crucero y nave del templo. Estos objetos estaban llenos de luminarias (trescientos seis cirios en total) y gracias a un mecanismo un solo hombre podía subirlas de golpe. La capilla ardiente tuvo la misma estructura que las ya descritas: seis pisos, de los cuales los tres primeros eran de planta cuadrada y los tres últimos en forma de coronas reales superpuestas. Del mismo modo se construyó un tablado<sup>24</sup> que unía el palacio con Santa Gúdula. El cortejo también estuvo formado por cuatro grupos u órdenes de similar composición a la anterior, salvo que en el tercer sector se incorporó una pieza que no figuró en las exequias precedentes. Se trata de un carro triunfal que llevaba una rica y alegórica ornamentación. El autor destaca el sistema artificioso empleado en sus ruedas de tal modo que no se apreciaba el movimiento de las mismas. La caja del vehículo estaba formada por una especie de tribuna real que se iba ensanchando desde la peana hasta la parte superior. Allí estaban reproducidas todas las «antiquites poetiques» con cartelas explicativas hechas en letras de oro. Entre ellas habían sido pintadas y doradas las armas pertenecientes al rey difunto. Cada uno de los escudos llevaba escrito en caracteres áureos los títulos del fallecido. Asimismo, había un gran árbol ricamente trabajado de cuyas ramas pendían cuatro arneses de guerra, de formas variadas y extrañas. En uno de ellos era representado el reino de Nápoles a través de Parténope, la sirena cuyos restos fueron sepultados en la playa de la bella ciudad mediterránea según cuenta Plinio. En otro, era figurado el de Navarra mediante la cumbre de una montaña ardiente, imagen que aludía al mito de los Pirineos. El tercer motivo era un bosquecillo con tiernos árboles, de hojas tales como las que producen bálsamo en la India. En palabras de

<sup>23</sup> En original dice «mystères».

<sup>24</sup> De una anchura equivalente a cuatro personas en foudo.

Plinio, a este lugar, considerado el más noble de la tierra, lo iluminaban los rayos más puros y sutiles, razón por la que allí se destilaba el precioso licor. Este paisaje evocaba a Jerusalén «ou plustost toutes conquestes faictes sur les ennemis de la foy par lesquelles le roy triumphant a extirpé ronces, chardons, espines de dampnable incredulite pour y planter le precieulx baulme et le noble fruit de la foy et sainte religion chrestienne». El cuarto tema representado era un granado cargado de frutos, cuyo significado es transparente. En el tronco del árbol había dos marbetes. El texto del primero, escrito en letras de oro «a la griega», decía así: *Ferdinando regi catholico, Bhetico, Partenopeio, Cantabrico, Aphricano, Indico, victori invicto*. En el segundo se leía: *Ferdinando regi catholico, victori invicto*. Igualmente había diez banderas moriscas sobre lanzas de guerra. El extremo de las astas estaba rematado por una gran estrella de plata para indicar que todas ellas habían sido conquistadas a los infieles. En la parte trasera del carro se alzaba un trono y en su dosel se apoyaba una manzana de oro que significaba el mundo. En las espaldas del asiento un cartel mostraba la siguiente leyenda: *Ulterius nisi morte*, expresión que quería dar a entender que al rey difunto sólo le cabía ir más allá en la región celeste. En una parte muy visible del carro se encontraba un hombre con un atavío real y *paludamentum*<sup>25</sup>. En su mano tenía una espada desnuda con la punta dirigida hacia abajo queriendo indicar que por su virtud había conquistado todo y merecía el triunfo. El vehículo no tenía lanza. Era conducido por cuatro corceles blancos enjaezados. En sus cabezas habían colocado unos adornos de manera que parecían ser unicornios. Los cocheros iban vestidos con una túnica «a la indiana» y un extraño tocado de plumas. En sus manos llevaban una rama de laurel. El conjunto fue «chose nouvelle a veoir». En torno a esta carroza desfilaban doce oficiales de armas con sus cotas y también una rama de laurel en su mano derecha. A continuación venían un gentilhomme con el gran estandarte de los colores del difunto con su divisa, tres reyes de armas y un caballo con gualdrapas rojas y silla de batalla. Sobre ella había un cojín en el que descansaba el collar del Toisón de oro y en su centro una rica corona real. El animal era guiado por dos miembros de la nobleza. De esta manera se cerraba la tercera parte de la comitiva. La cuarta iba introducida por Toisón de oro y el príncipe que avanzaba detrás de aquél a caballo, acompañado de altos dignatarios.

Llegados a la iglesia tomaron del carro las enseñas y las depositaron en la capilla ardiente. Las otras banderas (la corneta, el guión y el estandarte con los colores y las divisas del rey) junto con los otros «misterios» (espadas, yelmos con sus cimbras timbradas y escudos) fueron colocados en el armero. Todos los asistentes se pusieron en sus puestos. Doña Margarita y doña Leonor asistieron con atavíos muy honestos, rogando a Dios con gran devoción por su suegro y abuelo respectivamente. A continuación, tuvo lugar el ceremonial litúrgico de las Vigilias. Cuando se acabó el acto, los asistentes se marcharon en el mismo orden en que habían venido, quedando las enseñas y «misterios» en el lugar indicado.

<sup>25</sup> Prenda militar con la que solían ser representados los emperadores romanos en su calidad de *imperator* o general en jefe.

Al día siguiente, viernes 15 de marzo, se constituyó un nuevo cortejo. Los elementos particulares de esta comitiva fueron la presencia de veinticuatro caballeros que, de dos en dos, llevaban un corcel con las armas de cada uno de los reinos (Sevilla, Galicia, Toledo, Cerdeña, Mallorca, Valencia, Nápoles, Sicilia, Aragón, León y Castilla). Sobre cada animal cabalgaba un rey de armas coronado y con cetro. Luego venían las doce banderas con las armas correspondientes a estos reinos, un corcel con silla de batalla, el gran estandarte, la espada de honor y la cota de armas. La colocación de las piezas y la descripción de la misa no ofrece ninguna novedad. El ofrecimiento de oro y cera por parte del príncipe y nobles tuvo lugar según la tradición. El decano de Cambrai y confesor del archiduque pronunció un sermón cuyo lema fue: *Homo quidam nobilis abiit in regionem longinquam accipere sibi regnum* (Luc. 19).

Acabado el oficio religioso, se procedió al ceremonial de la proclamación del heredero. Este acto se desarrolló como en los casos anteriores. Únicamente se aprecia una mayor solemnidad en los gestos y detalles. Tras el parlamento de Toisón de oro exhortando a don Carlos a mantener la justicia, el chanciller que estaba cerca del protagonista hizo «une tres grande et prudente response» en nombre del interesado. Una vez concluida esta parte, la comitiva regresó a palacio de la misma manera que había venido. Las enseñas y demás objetos simbólicos fueron dados a la iglesia para su decoración y «ennoblecimiento».

### 3. Análisis estructural de las tres relaciones

El ceremonial borgoñón en lo que atañe a las exequias tributadas a altas personalidades fue muy cuidado en las formas y rico en los significados. A través de los textos consultados cabe distinguir los siguientes componentes esenciales: unos actantes; un espacio sacro; unas construcciones efímeras; unos elementos simbólicos; y un acto ritual religioso-profano. Vamos a examinar diacrónicamente cada uno de ellos.

#### 3.1. Actantes

Con este nombre designamos a todos los participantes en el rito funerario. En todo momento se establece una separación entre los representantes de la Iglesia y los laicos. Los intervinientes siempre se congregan en el palacio del dignatario que organiza las honras fúnebres. Una vez allí reunidos, se procede a formar un cortejo cuya distribución responde a un esquema jerarquizado de la sociedad. La procesión se abre con los miembros de la clerecía y de las órdenes regulares, luego siguen las personas notables por su ascendencia o cargos que ostentan. El protocolo es rígido en la disposición de los individuos dentro del desfile, no apreciándose modificaciones significativas en las relaciones descritas. En las exequias de doña Isabel la Católica el narrador menciona dos grupos constitutivos en el orden citado. Sin embargo, en los casos siguientes se introduce una novedad: la comitiva consta de cuatro partes o sectores<sup>26</sup>. La modificación afectaba a los laicos, quienes marchaban de acuerdo con un plan que resaltaba los

<sup>26</sup> Como hemos visto, en el texto francés se dice «ordre», vocablo que encierra una connotación jerárquica.

aspectos espectaculares e incrementaba el número de asistentes. De igual manera, en la primera relación se suele mencionar los títulos o cargos desempeñados sin más precisiones. En las siguientes se incluyen los nombres propios de los interesados. Esta tendencia culmina en el texto dedicado al Rey Católico.

### 3.2. *Ubicación*

Al igual que el punto de partida es el palacio, el lugar donde se desarrolla el acto ceremonial es siempre un espacio sagrado. En las distintas conmemoraciones se escoge la iglesia más emblemática del entorno. El edificio era objeto de una transformación en su aspecto visual, llevada a cabo mediante la colocación de enormes cantidades de tejidos nobles y suntuosamente trabajados en distintas superficies del conjunto arquitectónico. La descripción de los mismos, sus dimensiones y características ocupa una parte notable en las relaciones. La gama cromática se reduce a los colores trifuncionales negro, rojo y blanco<sup>27</sup>. Otro tanto sucede con la iluminación conseguida a través de numerosísimos cirios, antorchas y hachas. La indicación de las libras de cera consumidas, el calor despedido por los puntos de luz y otros pormenores dejan ver la importancia concedida a este particular. En cada caso se va ampliando el número de unidades y la técnica de exposición. El artefacto puesto en funcionamiento en las honras de don Fernando marca un hito de ingeniosidad y de dominio mecánico, muy del gusto de la época.

### 3.3. *Construcciones efímeras*

En el interior del templo se procedía al levantamiento de unas formas arquitectónicas de carácter provisional. Las dos principales eran un altar mayor, emplazado en el crucero de la iglesia sobre unas altas gradas, y una capilla ardiente. La razón del primero era disponer de un mayor espacio para facilitar la colocación de los altos dignatarios y el desarrollo del ceremonial. Las indicaciones proporcionadas en las tres relaciones son muy parecidas en materia de paños de revestimiento y objetos sacros utilizados. La capilla ardiente responde a una estructura que se repite en los tres casos: una planta cuadrangular<sup>28</sup> con cuatro columnas en las esquinas. Sobre esta base se alzan las seis alturas restantes. Las tres últimas se reducen a coronas superpuestas. Todo el conjunto va enriquecido con escudos heráldicos y un complejo sistema de luminarias que justifican el calificativo de «ardiente». Las principales variaciones consisten en las dimensiones, el número de cirios y la forma del remate superior. Dicho incremento está en relación directa con el paso de los años. Remitimos a la Figura 1, que reproduce un grabado tardío de la capilla realizada en Bruselas en memoria de Carlos V. A pesar del espacio temporal que media entre este testimonio y los aquí analizados, se aprecia un modelo común que nos

<sup>27</sup> Remitimos a los conocidos trabajos de Michel PASTOUREAU, quien ha estudiado a fondo esta cuestión. Véase en particular *Jésus chez le teinturier. Couleurs et teintures dans l'Occident médiéval*, Paris: Le Léopard d'Or, 1997, obra que ofrece un completo apéndice bibliográfico.

<sup>28</sup> De acuerdo con la dignidad real. En cambio, fue cruciforme la que se construyó en memoria del príncipe don Juan. El autor aclara «comme a duc appartient».

permite imaginar cómo fueron los monumentos levantados en honor de doña Isabel, don Felipe y don Fernando. En la reproducción no figuran las estatuas de los cuatro ángeles en cuyas manos se ponían las enseñas reales.

El núcleo de todo este despliegue arquitectónico era el catafalco, elemento denominado siempre en el texto original con el nombre de «représentation». El empleo de este término es apropiado ya que, en efecto, los restos mortales del difunto no eran expuestos en las exequias de esta categoría<sup>29</sup>. La organización de un ceremonial tan complejo requería disponer de un plazo de tiempo amplio<sup>30</sup>. Por ejemplo, la noticia del fallecimiento de la Reina Católica llegó a oídos del archiduque don Felipe el 11 de diciembre de 1504<sup>31</sup> y las honras tuvieron lugar los días 14 y 15 de enero de 1505. El túmulo era siempre recubierto de un paño rico sobre el que aparecía una cruz hecha en un tejido carmesí. En el funeral organizado en memoria de doña Isabel fueron colocados dos angelotes en una posición que parecían descender del cielo. Ambos sostenían una figura romboidal o «losange» con las armas de la difunta. Este aditamento no es mencionado en las otras dos relaciones<sup>32</sup>.

### 3.4. Elementos simbólicos

El ceremonial de las honras fúnebres era en realidad la puesta en escena de una acción dramática. La teatralidad del asunto se subrayaba mediante el empleo de atavíos especiales de luto que exteriorizaban el duelo interior de los participantes. Las vestimentas negras eran de rigor. Incluso se proporcionaba a un número elevado de pobres los medios necesarios para que también asistiesen con ropajes de ese color. La calidad de los tejidos, la cola de las túnicas y la forma de los tocados eran elementos distintivos de la categoría social. Los revestimientos y las colgaduras exhibidos a lo largo del trayecto del cortejo y en la propia iglesia contribuían a crear un ambiente lúgubre. En la parte final de la segunda jornada se operaba una transformación espectacular: los atavíos de duelo eran retirados y se festejaba la asunción del poder por el heredero.

A estos signos externos comunes se añadían otros específicos portadores de valores simbólicos, los cuales se subdividen dos grupos: a) las representaciones heráldicas; y b) los «misterios». Bajo la etiqueta de representaciones heráldicas figuraban las cotas de los reyes de armas, las enseñas y los escudos. El tabardo de dichos oficiales era un ropón blasonado. En una función pública de este tipo se requerían al menos cinco de estas prendas. El servidor de más categoría ostentaba las armas plenas y los restantes los cuatro cuartos. El uso de las banderas en las relaciones deja entrever la existencia de un código. En el folio 82r-v del manuscrito que venimos estudiando aparecen dibujadas «las que se hazen para las honrras de un rrey» (Figura 2 a y b). Junto con el nombre se indican las dimensiones que debe tener cada una de ellas. La de

<sup>29</sup> Ni los despojos ni tampoco la efigie, al modo practicado en las cortes francesa e inglesa.

<sup>30</sup> Aparte de esta razón hay que tener en cuenta que las tres muertes se produjeron en el suelo peninsular.

<sup>31</sup> Es decir, unas dos semanas después del óbito.

<sup>32</sup> Su presencia quizá se debía a la condición femenina de la persona fallecida.

mayor tamaño es el gran estandarte (18 varas). Su extremo va dividido en dos farpas. Le sigue el guión (12 varas), insignia que termina de forma redondeada. Luego viene la corneta (7 varas y un tercio), o pieza rectangular, y el pendón (5 varas y media), de extremo apuntado. La serie continúa con la bandera cuadrada de armas plenas (5 varas y un cuarto) y la llamada de cuatro cuartos (3 varas y un tercio). En ese mismo lugar se indica que el gran estandarte, el guión, el pendón y la bandera cuadrada de armas plenas siempre habían de llevar pintadas las armas del difunto. Además de las anteriores se debería exhibir un estandarte, un guión y una corneta de los colores o librea que usaba dicha persona. Esta distinción supone establecer una diferencia entre las enseñas de soberanía y las individuales. Por cierto, cuando el relator explica el lugar donde se han de colocar estas últimas, aconseja seguir una disposición determinada<sup>33</sup>.

La emblemática del difunto era expuesta profusamente. Además de las cotas y las banderas se reproducían los blasones sobre escudos pintados o bordados. Estas piezas superaban el centenar y eran colocadas por doquier. Al igual que en el caso anterior las armas de soberanía se alternaban con las personales.

En la relación dedicada a las exequias de la Reina Católica no aparecen mencionadas las enseñas. Ignoramos si se trata de un olvido del autor o si, en verdad, no se utilizaron tales representaciones. Por el contrario, aparecen citadas y desempeñan un papel funcional en las descripciones de las otras dos honras fúnebres, como hemos visto.

Los «misterios», de acuerdo con la terminología francesa, comprenden un conjunto vario-pinto de unidades. La espada y la corona eran dos objetos capitales, pero la serie se completaba con palafrenes, yelmos, cimera timbradas, escudos de justa y de guerra, etc.<sup>34</sup> El primero de todos ellos era el más importante por su simbolismo y su función en la casa ducal. Para ilustrar esta afirmación véase la Fig. 3 que representa a Carlos el Temerario como campeón de la justicia<sup>35</sup>. Se trata de una obra perteneciente a la escuela flamenca y hecha en torno al año 1470. En este ejemplo se aprecia el valor pedagógico desempeñado por las imágenes. La figura de Cristo crucificado está colocada en un baldaquino. La sangre que mana de sus heridas va a caer sobre una mujer entronizada que es la personificación de la Justicia con la espada en la diestra. Su mano izquierda toca la flor de lis que forma parte de la cimera del yelmo que corona, a modo de timbre, las armas del duque de Borgoña. En torno a este emblema se encuentran cuatro figuras que encarnan otras tantas cualidades que deben adornar al príncipe: la Verdad (*Omnia vinco*:

<sup>33</sup> En una nota en castellano se especifica: «Las quatro vanderas que digo en que van pintadas las armas del defuncto se han de poner detrás la capilla ardiente en un hachero, mirando desde el altar, a mano derecha, el guyón primero y luego la vanderá quadrada y luego el estandarte y luego el penón, y apartados una de otra y cabeçando hazia atrás, un poco en soslayo. Las otras tres piezas, que son el estandarte y guyón y cornetta de colores se han de poner en otro hachero, detrás del otro, y en la misma manera: el guyón, a mano derecha, y luego el estandarte y luego la cornetta» (f. 82r-v).

<sup>34</sup> En el f. 82v del ms. citado figura una relación en castellano de las siete piezas de honor que deberían exhibirse (espuelas doradas, manoplas, lanza de guerra con punta de diamante, escudo con las armas del interesado o divisa, yelmo con su timbre o plumaje, espada con guarnición dorada y vaina de terciopelo, y una cota con las armas del difunto). Las tres primeras no figuran en los textos en francés.

<sup>35</sup> Montpellier, Bibliothèque Municipale, Fonds C. Cavalier, n.º 216.

«Venzo todo»), la Sagacidad (*In tempore ago*: «Actúo en el momento oportuno»), la Caridad (*Deo prae omnibus placeo*: «Agrado a Dios por encima de todo») y la Sobriedad (*Longevos nutrio*: «Alimento a los longevos»). Debajo está el retrato del soberano con los pies desnudos, signo de sujeción y dependencia, el cual se apoya en un pedestal que representa el *Consilium*. Va vestido medio cuerpo con una armadura negra y el otro medio con una túnica de color púrpura. El color negro en el lenguaje de la heráldica simboliza la firmeza, el rojo la excelencia. En sus manos lleva una espada y un libro, ambos atributos aluden a una idea muy difundida en la época y felizmente expresada en el *Libro de los cien capítulos*, donde dice que en el mundo todo se rige con la pluma y con la espada (cap. 19). Por si fuera poco, en las páginas del ejemplar se lee: *Nihil sine me* («Nada sin mí»). Lema o frase que admite diversas interpretaciones.

Carlos el Temerario es representado como una encarnación de la Justicia gracias al mandato divino: él debe respetarla y hacerla respetar. La sangre de Cristo legitima su acción y le otorga un puesto en la obra de la Redención. El doble vestido supone una doble función: ser justiciero y protector del orden jurídico. Las cuatro figuras simbolizan las cualidades que debe atesorar para llevar a cabo su misión. La miniatura es todo un programa político: muestra las raíces del derecho y la fuente de donde procede su legitimidad. Un par de frases colocadas en unas filacterias completan la intelección del mensaje. En la primera se dice: «Amad la justicia vosotros que juzgáis la tierra» y en la segunda recuerda un mito clásico. Textualmente afirma: «En otro tiempo la Justicia abandonó la tierra por ser rechazada<sup>36</sup>. Recientemente ha vuelto traída por Carlos». La importancia concedida a esta virtud cardinal en la corte borgoñona enlaza a la perfección con la función simbólica de la espada en el acto de la transmisión de la dignidad real<sup>37</sup>.

En el cortejo de don Fernando los elementos básicos aparecen incrementados, por ejemplo las banderas son doce, una por reino; otro tanto se podría decir de los reyes de armas. Mas no se agotan aquí las innovaciones. Se añadió además un carro triunfal<sup>38</sup>. Sobre este aspecto Ernst H. Kantorowicz precursoramente llamó la atención de los estudiosos<sup>39</sup>. A su juicio, el ceremonial francés relacionado con la representación de la efigie del rey se fue enriqueciendo poco a poco con nuevos elementos, los cuales acabaron por transformar el propio clima funerario. Uno de los más significativos fue la introducción de un «chariot d'armes». Como este autor afirma: «El nuevo concepto de triunfo no pretendía anticipar la futura *conregnatio* del rey con

<sup>36</sup> En la versión original la instancia personificada era la Verdad.

<sup>37</sup> En las relaciones se indica de pasada el lenguaje de este objeto: el arma cogida por la punta y exhibida con la empuñadura en alto significaba que «la justice estoit rendue en la main de Dieu»; asida por el pomo y con su extremo orientado hacia el cielo indicaba que el portador asumía plenamente su misión; en el caso de que éste la dirigiese al suelo, equivalía a que el interesado había cumplido con su deber y ultimado sus conquistas. Al margen de tales interpretaciones hay que añadir las que a dicha arma se le otorgaban como pieza del arnés caballeresco. Véase nota 20.

<sup>38</sup> En otras exequias posteriores el tema representado fue una nave, metáfora que llegó a ser un lugar común en la tratadística política a partir de la imagen utilizada por Platón. Tal objeto se exhibió en las honras fúnebres de Carlos V en Bruselas.

<sup>39</sup> Véase *Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política medieval*. Madrid: Alianza Universidad, 1985, 396 y ss.

Cristo en el cielo, sino celebrar y mostrar la *conregnatio* del difunto rey con la inmortal *Dignitas* real sobre la tierra, cuya sustancia había pasado al sucesor, pero que todavía venía representada de forma visible por la efigie del gobernante fallecido»<sup>40</sup>. Esta afirmación es válida en su contenido esencial. Pero en este caso también se aprecia el impacto de las nuevas corrientes culturales de procedencia sureña. El hecho de incorporar un artefacto de las características descritas más arriba indica la influencia de la Italia renacentista en la corte flamenca. En el propio texto de la relación son mencionados Cicerón y Plinio en dos ocasiones. Los motivos ornamentales del vehículo, los letreros y el tema central del árbol con todas sus alegorías constituyen un mensaje global que aproxima la figura del Rey Católico a la de un *divus imperator*. La carroza funeraria quedaba transformada en la representación de la escena del *triumphus* de un personaje invicto que con su atuendo guerrero o *paludamentum* entraba gloriosamente en Roma. En el marco del ceremonial organizado en Bruselas la presencia de este objeto insólito era en efecto «une chose nouvelle a veoir». Ciertamente, la presencia del carruaje con todos sus elementos alegóricos suponía una ruptura del orden simbólico medieval vigente en la etiqueta practicada en la corte borgoñona. Los letreros contenían un mensaje de difícil desciframiento para el público que se arremolinaba en torno al cortejo. El código signico empleado en la construcción de la capilla ardiente no servía para entender el lenguaje expresado en el «chariot». En cambio, las honras fúnebres celebradas en Roma en memoria del mismo personaje tuvieron como monumento principal un templete de clara inspiración clásica (Fig. 4)<sup>41</sup>. La comparación de los estilos de ambas construcciones (Figs. 1 y 4) nos exime de cualquier comentario. La arquitectura empleada en el suelo italiano se acompañaba a la perfección con los textos que debían exhibirse. El borrador de los mismos contiene los siguientes datos:

*Divus Ferdinandus et diva Helisabet ac divus Filipus eorum filius et divi cesaris Maximiliani Romanorum imperatoris unicus filius, Dei gracia Hispaniarum utriusque Sicilie ac Jerusalem etc. Reges catolici, potensissimi, clementissimi, semper augusti dormierunt in Domino. Non sunt hic. Vivunt in eternum. Ut morientes viverent. Vixerunt ut morituri.*

(Poner aquí las armas reales con su águila y abaxo su rótulo y poner la orden del Tusón).

*De quibus profeta.*

*Dilexerunt iustitiam et oderunt iniquitatem.*

*Pro[ph]eterec elegit eos Deus pre consortibus suis.*

*Potens in terra erit semen eorum, generatio rectorum benedicetur.*

*Pro patribus suis nati sunt sibi fillii, quos Deus constituit principes super omnem terram.*

(En lienço negro con sus orladuras pintadas commo flocaduras).

(En tafetán colorado).

<sup>40</sup> Ob. cit., p. 396.

<sup>41</sup> Este dibujo y las inscripciones transcritas proceden del ms. 9/1010 de la colección Salazar y Castro de la Real Academia de la Historia, f. 87 y ss.

*Regnantibus felicissime diva Ioana et eius filio divo Carolo maximo. [h]uius nominis primo, Dei gracia Hispaniarum utriusque Sicilie ac Jerusalem, utrarumque marium oceani et Mediterranei ac earum insularum et terre firmis etc. Regibus catolicis, potentissimis, clementissimis, semper augustis, quos Altissimus sub umbra alarum suarum protegat<sup>42</sup>, regat, gubernet et longitudine dierum felicium repleat ostendatque illis salutare suum et in eternum colocoet eos cum principibus populi sui.*

(Águilas, armas reales con su águila y letras, y con la orden del Tusón).  
Escudo.

(Aquí las armas de Inglaterra)  
Escudo

(Aquí las armas de Portugal)  
Escudo

El lenguaje empleado utiliza unos artificios retóricos que, por un lado, divinizan a las personas reales y, por otro, las ponen bajo la directa protección del Altísimo. El afán de magnificar a tales figuras se sustentaba en un ideario político evocador del esplendor del Imperio romano, de corte renacentista, mientras que el ceremonial borgoñón exaltaba los valores de una teología política medieval.

### 3.5. Acto ritual litúrgico-profano

Una lectura atenta de las tres relaciones en su texto original evidencia que, a pesar del corto espacio de tiempo que separa las exequias de los monarcas citados, hubo una clara evolución en la manera de desarrollarse el ceremonial. Como ya anticipamos, los elementos esenciales fueron permanentes, pero se observa la introducción de leves modificaciones destinadas a subrayar una concepción mayestática del Príncipe y una mayor vinculación de éste con la Iglesia. Sin duda alguna, la parte final de las honras fúnebres contiene el desarrollo de una acción capital: la transmisión simbólica del poder. Sobre esta cuestión Ernst H. Kantorowicz también puso de relieve los rasgos fundamentales del hecho. Luego, al hilo de esta obra clásica, una nutrida bibliografía ha ido acotando áreas. El citado historiador explica el origen de la tópica exclamación: «Vive le Roy» en el contexto de una complicada situación dinástica a la muerte de Carlos VI de Francia (a. 1422). Los aspirantes a la corona eran Enrique VI de Inglaterra y Carlos VII. En el sur de París el Delfin fue aclamado por sus tropas al grito de «Vive le Roy» mientras se izaba el estandarte francés. El Duque de Bedford se vio obligado por las circunstancias a proteger los derechos de su señor, Enrique VI. En consecuencia, al finalizar las exequias del monarca fallecido hizo introducir una innovación en el ritual religioso. Primero se hizo la petición habitual: «Priez pour l'ame de tres excellent prince Charles VI, roy de France». Y después de una breve pausa, un rey de armas proclamó los derechos del rey niño Enrique VI, exclamando en alta voz: «Vive Henry par la grace de Dieu roy de France et d'Angleterre», a lo que los otros

<sup>42</sup> Versículo elegido como lema por la Reina Católica (*Salmo XVI*, 8).

oficiales de armas respondieron con la expresión: «Vive le roy Henry». En esta ocasión la oración por el difunto se unió a la aclamación del nuevo rey en la forma en la que se hubiese hecho normalmente en el acto de la coronación, con el fin de anticiparse a las pretensiones del Delfin. Desde ese momento el procedimiento se convirtió en costumbre en Francia. Según Kantorowicz:

Tanto la oración por el rey difunto como la proclamación del nuevo rey se redujeron paulatinamente en extensión hasta que finalmente se oían sólo breves exclamaciones impersonales, interrumpidas tan sólo por el corto ceremonial: *Le Roy est mort... Vive el Roy!* Esta versión breve y despersonalizada apareció, por lo visto, por primera vez en el enterramiento de Luis XII, en 1515, mientras que una fórmula intermedia se usaba, al parecer, antes de 1515<sup>43</sup>.

Los testimonios deparados por las relaciones que venimos estudiando se enmarcan en ese contexto de prácticas funerarias. La influencia del modelo francés se percibe en las descripciones del ceremonial borgoñón, hecho explicable dada la proximidad geográfica y política de ambas cortes. En el ámbito flamenco el papel del rey de armas cobró mayor peso en consonancia con la función aglutinadora que Felipe el Bueno atribuyó a la Orden del Toisón de oro desde su fundación (10 de enero de 1430). El principal oficial ostentó siempre el nombre de la propia Orden de caballería y fue maestro de ceremonias. A través de su persona unos territorios y dominios dispersos se cohesionaban y adquirían una entidad común. En este caso la figura del rey de armas tenía mayor fuerza simbólica y actuaba como encarnación de una soberanía única depositada en su señor. En el momento de vacío de poder él era el eslabón que con el beneplácito divino hacía el traspaso de derechos de un soberano a su sucesor a través de la entrega de la espada de honor. Por su interés transcribimos parcialmente los tres pasajes referentes a este momento culminante:

#### a) Exequias de doña Isabel la Católica

El primer fragmento reza así:

Le roy d'armes vint devant l'autel, la cotte d'armes vestue, la verge blanche en la main dextre et la teste nue, et deit a haulte voix: «La tres haulte, tres excellente, tres puissante et tres cha[tho]llique dame donne Ysabeau, royne de Castille, de Leon et de Grenade». Ung herault estant au pied de la representation, le chapperon embrouché, respondit a haulte voix et deit: «Elle est morte en tres excellente, vertueuse et louable memoire». Et ce fut dict et prononcé per chacun trois fois. A chacune des deux responses le roy d'armes abaissa la verge et a la troisiemme la jecta en terre.

<sup>43</sup> Ob. cit., p. 385.

Ledit roy d'armes se meit a genoulx devant le grand autel, les mains jointes vers le ciel per admiration, puis vint au chief de la representation et en grande reverence print la coronne royale et la porta passant per devant Monseigneur et Dame jusques au grand autel, sur laquel il la posa, e[*t*] icelle posee, deit a haulte voix per trois fois, a ssavoir: la premiere fois le visaige devers l'autel, et les deux autres fois vers Monseigneur: «Vive don Philippe et dame Johanne par la grace de Dieu, roy et royne de Castille et de Leon et de Grenade, prince et princesse d'Arragon et de Cecille». Reprint sa verge et vint al'oratoire devant le roy et la royne et deit: «Sire, les coutumes et usaiges imperiales et royales vuellent que ostiez ce chapperon, car a roy franc n'appartient plus avant le porter». Le premier chambellan s'advança et ledit roy d'armes et luy osterent le chapperon de dueil. Le roy d'armes retourna devant l'autel et print l'espee d'honneur tres richement garnie, le manche en hault, et a deux mains la porta jusques devant la personne du roy et lors luy deit: «Sire roy, a vostre mageste royale ceste espee appartient pour justice maintenir et vous royaulmes, seigneuries et subjects deffendre». Le roy oyant ce se agenouilla, les mains jointes vers l'autel priant Dieu pour l'ame de la deffuncte et le merciant du bien et honneur qu'Il luy avoit envoye. Le roy relevé en pied print ladite espee en sa main per le manche, la pointe en hault.

Luego los reyes y otros oficiales de armas se cambiaron sus cotas y gritaron: «Viva don Felipe, rey de Castilla, de León y de Granada». El heredero devolvió la espada al caballero mayor, quien la llevó delante del soberano como era costumbre.

En este caso se desarrolló un auténtico «tableau vivant». El diálogo cargado de dramatismo fue establecido entre el rey de armas, colocado delante del altar mayor, y un heraldo situado junto al túmulo. El primero anunció el nombre de la reina con la expresión de sus dominios, el segundo le contestó con la triste noticia de su muerte. La repetición del breve parlamento por tres veces y el movimiento gestual de la vara hasta caer en tierra tienen un claro simbolismo. La escena continuó con la genuflexión del rey de armas en el altar y su teatral compostura. Una vez rendido el tributo divino, y como si actuase bajo tal inspiración, éste tomó la corona del túmulo y la colocó sobre el ara. Desde allí exclamó por tres veces la frase consabida o vitor. En ese instante cambió el signo del ceremonial: de la tristeza se dio paso al júbilo. El heredero retiró su vestimenta de duelo al igual que sus oficiales de armas. La nueva emblemática fue mostrada en público. En medio de este escenario se procedió a la entrega de la espada de la justicia y se pronunció la última alocución de Toisón de oro. En ella se le pidió al interesado que defendiese sus posesiones y súbditos. El protagonista se arrodilló ante el altar, rezó por el alma de la difunta y dio gracias a Dios por la merced recibida. Cuando se levantó empuñaba el arma con la punta hacia arriba mostrando la asunción de su nuevo cargo a través del gesto. Evidentemente esta parte del ceremonial es mucho más rica y explícita de palabra y obras que la homóloga celebrada en la corte francesa, aunque las fórmulas esenciales de proclamación coincidan.

b) *Exequias de don Felipe el Hermoso*

En estas honras fúnebres el ceremonial fue muy parecido. A continuación indicaremos las principales variantes. Después de acabada la misa de requiem, se procedió a la lectura del comienzo del Evangelio de san Juan, como ya anticipamos. Al pronunciar el obispo el versículo: *Et Verbum caro factum est*, el gran estandarte de armas plenas fue colocado en el suelo delante del altar mayor. Lo mismo hicieron los portadores de las enseñas de los cuatro costados. En ese preciso instante Toisón de oro arrojó a tierra la vara blanca que en su mano tenía y dijo por tres veces: «Le roy est mort». *Peu d'intervalle après*<sup>44</sup> il reprint son baston et vint a la grand banniere, si la redressa debout en proferant haultement per trois fois: «Vive don Charles per la grace de Dieu archiduc d'Austrice, prince des Espaignes». Luego los otros reyes de armas fueron alzando sucesivamente sus enseñas diciendo en voz alta los nombres de los dominios en ellas representados. A continuación, le fue retirado el atavío de duelo al heredero a instancias de Toisón de oro, quien con la bendición del prelado tomó del altar mayor la espada por la punta y se acercó a don Carlos y le dijo:

Prince imperial et royal, ceste espee de justice vous est donnee de Dieu et succedee a vostre haultesse droicturierement per vous tres nobles progeniteurs, affin que per vous justice soit desormais maintenue, la foi catholicque exaulcee, l'Eglise deffendue et vous royaulmes, principaultes, seigneuries, vassaulx et subgects gardés et entretenus faufinement<sup>45</sup>. La quelle bonne et briefve harangue achevee ledit roy d'armes baisa l'espee et la meit es petites mains juvenilles du prince, le quel la print per le manche et la tint, la poincte en hault, et a tout icelle marcha vers l'autel ou il se agenouilla et puis, relevé de son oraison, la bailla es mains de son grand escuyer d'escuyerie. Tous lesquels mysteres achevees, l'archiduc retourna en son hostel.

En estas honras fúnebres se aprecian algunos elementos no descritos en el caso precedente. Durante la lectura del comienzo del Evangelio de san Juan son abatidas las enseñas de las armas plenas y de los cuatro costados<sup>46</sup>. En ese mismo instante Toisón de oro arroja la vara blanca y anuncia la muerte del rey, por consiguiente no se produce la escena dialógica descrita con anterioridad, de gran efectismo. A continuación el autor de la narración dice que tras un breve intervalo el rey de armas retomó el bastón y alzó el estandarte al tiempo que proclamaba el nombre del nuevo rey. Esta parte del ritual es, pues, más concisa y menos dramática. Luego, el resto del acto prosigue su curso habitual: eliminación de las prendas de duelo y entrega de la espada de honor. Las palabras de Toisón de oro son algo diferentes ya que se inserta la obligación de mantener la fe y defender la Iglesia, amén de los otros deberes. Merece la pena subrayar que el relator manifies-

<sup>44</sup> El subrayado es nuestro. En el ceremonial francés se calculaba que el lapso de tiempo equivaliese al rezo de un *Patemoster*.

<sup>45</sup> En la relación de Fernando el Católico se lee en este lugar: «saulvement». Esta *lectio* es preferible.

<sup>46</sup> Estas piezas no jugaban ningún papel en la relación de Isabel la Católica. Tampoco allí se mencionaba la lectura del pasaje y del Evangelio.

ta que el archiduque regresó a su palacio «una vez acabados todos los misterios». La dimensión sacra del rito y su asimilación a las representaciones teatrales de idéntico nombre celebradas en el ámbito de una iglesia nos da la medida del significado otorgado a tal espectáculo.

c) *Exequias del Rey Católico*

Esta parte del ritual durante las honras de Fernando V se desarrolló en estos términos:

[...] s'avanca Thoison d'or et estant au chief de ladite representation a haulte voix appelle et dit en ceste maniere: «Don Fernande per la grace de Dieu, catholicque roy de Castille, de Leon, d'Arragon, de Cecille, de Navarre, de Naples, de Valence, de Maiorque, de Sardenne, de Gallice, de Toledo, de Siville, de Grenade, de Bougie et de Tramesont, duc de Calabre et de Poulle, prince de Catheloigne et de Tarente, seigneur des isles de Canaries, de Biscaye, de Rossillon, d'Oran, de Malsalquebi, de Mellilla et de Tripoly». Et ce crya il per deux fois. Et puis au chief d'une petite pose gecta son baston en terre et deit a plus basse voix et longue alaine: «Il est mort, il est mort». A ce mesme instant la grande banniere aux pleines armes royales, qui jusques alors avoit este tenue debout per le seigneur de Bers d'Aucy, fut per deux roys d'armes ployee et couchee en terre devant le grand autel. *Peu d'intervalle après*<sup>47</sup> Thoison d'or reprint sa verge et sans changer de place cria a haulte voix: «Vive doña Juana et don Charlos per la grace de Dieu roys catholicques, heritiers de tous ses royaumes et principaultes».

Aquí también se recurre al monólogo. El rey de armas principal enuncia el nombre y los títulos del monarca fallecido el número de veces convenido. Luego, tras una breve pausa, arroja su vara al suelo y con voz más grave y lastimera avisa de su muerte. Ante esas palabras el gran estandarte es abatido. De nuevo hay una segunda pausa. Toisón recoge su bastón ceremonial y sin moverse de su sitio pronuncia la fórmula de proclamación. El acto luctuoso y el festivo resultan más próximos en el tiempo. Inmediatamente el oficial de armas alzó de nuevo el gran estandarte y, tras una gran inclinación delante del altar, lo llevó ante el heredero y «en toute reverence» le exhortó a quitarse la vestimenta de duelo. Luego se procedió al ritual de la espada. Toisón de oro pronunció una locución idéntica a la reproducida en el fragmento anterior. Terminada ésta, el príncipe tomó el arma previa «une moult basse reverence» al altar. A continuación, el canciller respondió en nombre del príncipe. Este tipo de intervención no figura en las otras dos relaciones. Acabado el ceremonial de la transmisión de poderes, se gritó públicamente «Viva el rey» y los participantes regresaron de nuevo procesionalmente. Conviene destacar cómo aquí se ha intensificado el número de reverencias respecto de los otros escritos. Hay un claro desarrollo de una gestualidad exaltadora de la idea de respeto.

A través de estas tres descripciones resulta evidente que el modelo francés fue aplicado en lo que se refiere a las expresiones formularias. Tales frases se inscribieron en un marco de acciones y gestos simbólicos destinados a darle mayor solemnidad al rito gracias a recursos tea-

<sup>47</sup> El subrayado es nuestro.

trales. Si se examina el proceso desde el primer escrito hasta el tercero, se percibe una tendencia a simplificar la trama argumental y a condensar el acto de transmisión de la dignidad real de un miembro a otro pero, a pesar de ello, no se llegó al grado de simultaneidad alcanzado en la corte gala, como lo demuestra la expresión: *Le Roy est mort... Vive el Roy* ! Esta exclamación descontextualizada podía ser interpretada de diversas maneras, mas a la luz de la etiqueta borgoñona esas mismas palabras se enriquecían con matices varios según se iban desarrollando las secuencias constitutivas del ritual.

En definitiva, con el paso del tiempo el ceremonial de las honras fúnebres reales fue perdiendo su fresca primigenia y transparente simbolismo. La pérdida del diálogo, la repetición de los gestos y la ruptura del «tempo» originaron cierto automatismo en las actuaciones de los protagonistas o anquilosamiento formal. A estos hechos hay que añadir el incremento numérico de elementos y la incorporación de objetos e inscripciones procedentes de otras áreas culturales, factores que desnaturalizaron el programa original en su contenido y significado. Todo ello anunciaba la decadencia del simbolismo medieval. Johan Huizinga lo ha expresado de manera muy gráfica cuando afirma:

Todo lo que podía ser concebido había tomado una forma plástica. El pensamiento mismo podía reposar: la representación del mundo habiase tornado tan inmóvil, tan rígida, como una catedral que duerme a la luz de la luna<sup>48</sup>.

Los testimonios descritos, al hilo de un análisis diacrónico, presentan los primeros síntomas de un proceso degenerativo del sistema de representación de las exequias reales y, al tiempo, constituyen un eslabón que enlaza de forma natural con la figura política de Carlos V, quien a sus siete años asistió a los funerales de su padre, y a los dieciséis, a los de su abuelo en concepto de protagonista. Quizá la imagen de semejantes espectáculos solemnes y majestuosos quedó impresa en su memoria para siempre.

---

<sup>48</sup> *El otoño de la Edad Media*, Madrid: Alianza Editorial, 1996, p. 303.

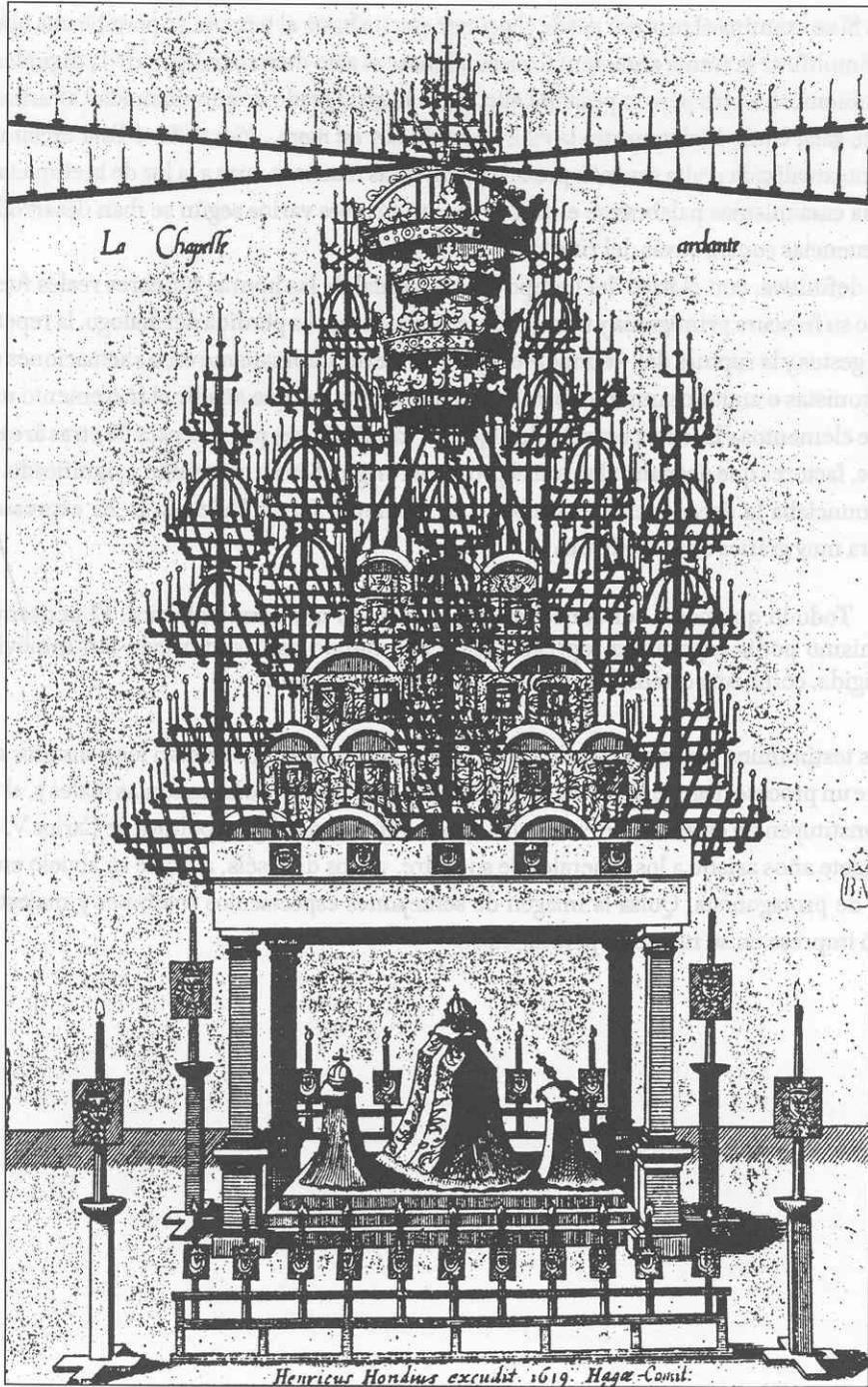


Figura 1. Capilla ardiente de Carlos V en Bruselas.

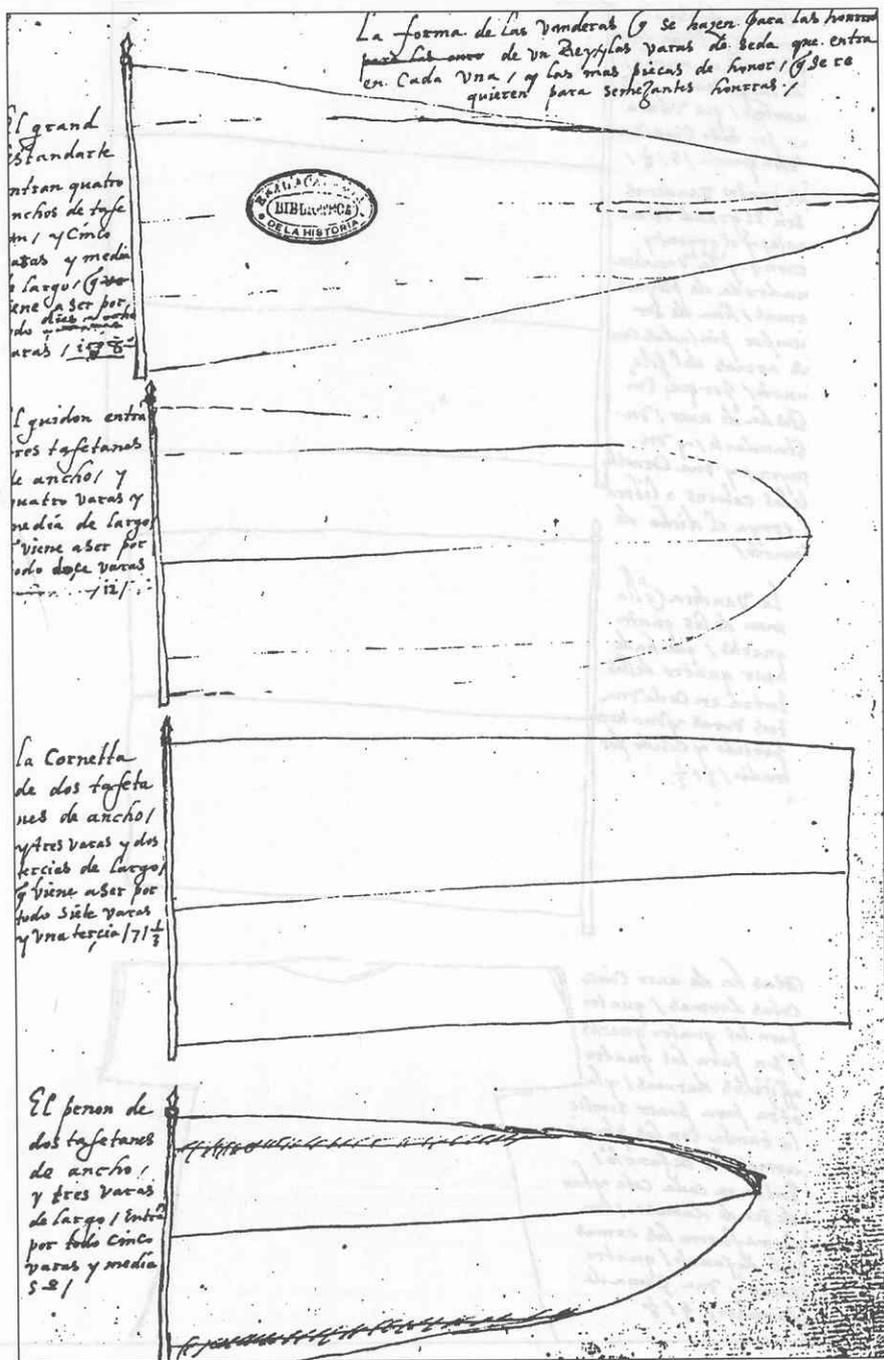


Figura 2a. Forma y tamaño de las enseñas utilizadas en las exequias, Madrid, Real Academia de la Historia, Colección Salazar y Castro, ms. 9/678, f. 82r.

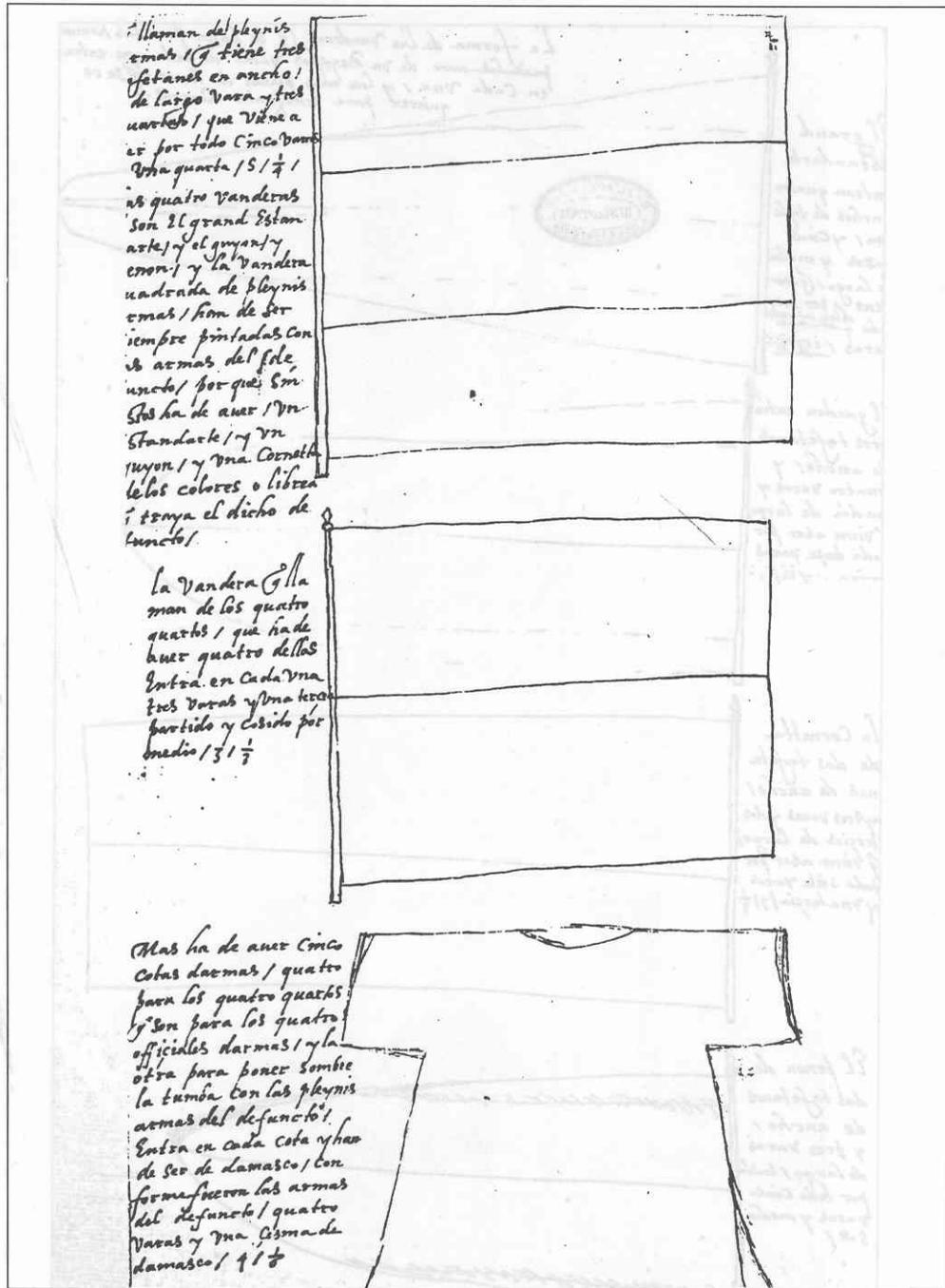


Figura 2b. Forma y tamaño de las enseñas utilizadas en las exequias, Madrid, Real Academia de la Historia, Colección Salazar y Castro, ms. 9/678, f. 82v.



Figura 3. Carlos el Temerario, campeón de la Justicia, Montpellier, Bibliothèque Municipale, Fonds C. Cavalier, n.º 216.

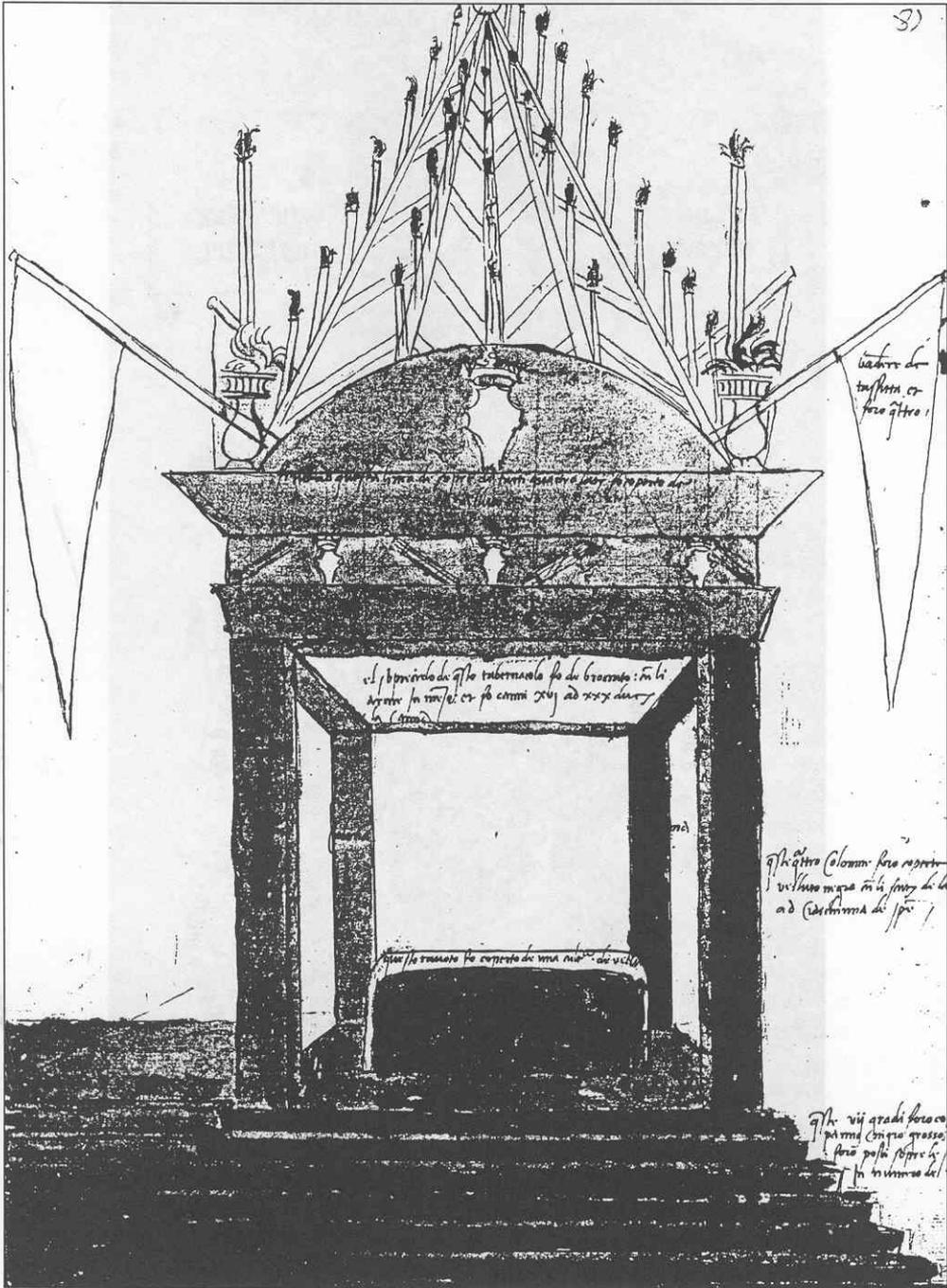


Figura 4. Capilla ardiente de Fernando II de Aragón en Roma, Madrid, Real Academia de la Historia, Colección Salazar y Castro, ms. 9/1010, f. 87r.